

La revolución pendiente

Pelayo Pérez García. Director de *Eikasía, Revista de Filosofía* (España, 2005-2025)

Recibido 17/09/2025 • Aceptado 20/09/2025

Resumen

Este documento ofrece una profunda reflexión sobre la crisis contemporánea de la humanidad en su condición más esencial, señalando la amenaza que supone el avance incesante de un capitalismo tecnológico que reduce al ser humano a mero recurso desprovisto de su sacralidad y singularidad.

Partiendo de una mirada fenomenológica y dialogando con figuras como Simone Weil, el autor denuncia cómo las conquistas históricas que humanizaron a la sociedad se han visto erosionadas por la deshumanización impuesta por el mercado, la técnica y los sistemas de control, que convierten a los cuerpos en meros paquetes de datos y signos intercambiables. El autor sostiene que, frente a esta realidad, no es posible una utopía posthumana que no sea, en realidad, una distopía encubierta. La revolución auténtica y necesaria debe reencontrarse con la dimensión plenamente humana, con la experiencia cotidiana de la carne, el pensamiento, el afecto y la singularidad que definen a cada persona.

Palabras clave: revolución, utopía, humanidad, fenomenología, mercado, carne.

Abstract

The pending revolution

This document offers a profound reflection on the contemporary crisis of humanity in its most essential condition, highlighting the threat posed by the relentless advance of a technological capitalism that reduces the human being to a mere resource devoid of its sacredness and uniqueness.

Starting from a phenomenological perspective and engaging in dialogue with figures such as Simone Weil, the author denounces how the historical achievements that humanized society have been eroded by the dehumanization imposed by the market, technology, and control systems, which turn bodies into mere packets of interchangeable data and signs. The author argues that, faced with this reality, no posthuman utopia is possible that is not, in reality, a disguised dystopia. The authentic and necessary revolution must rediscover the fully human dimension, the daily experience of flesh, thought, affection, and the uniqueness that define each person.

Key words: Revolution, Utopia, Humanity, Phenomenology, Market, Meat.

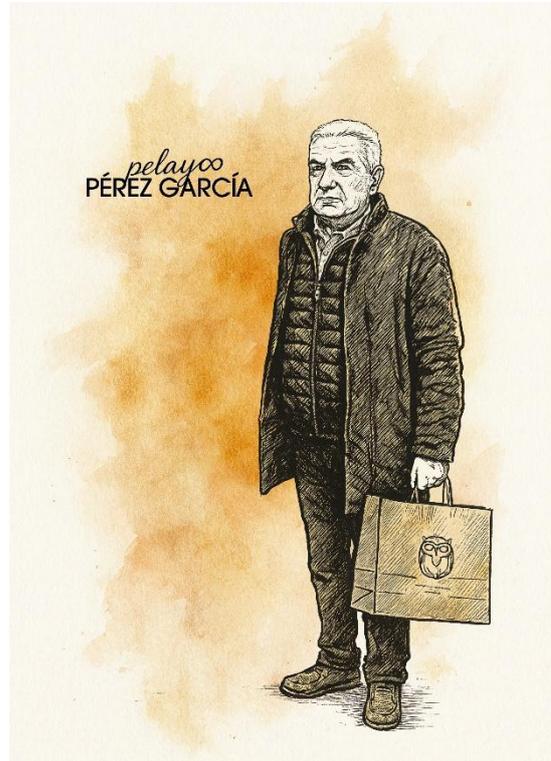
La revolución pendiente

Pelayo Pérez García. Director de *Eikasía, Revista de Filosofía* (España, 2005-2025)

Recibido 17/09/2025 • Aceptado 20/09/2025

§ 1. Preámbulo¹

Desde hace unos años he ido rastreando, ordenando lecturas, conversaciones y reflexiones alrededor del «fin de la humanidad», aplastada, negada, paradójicamente, por su «éxito», por su extensión demográfica y de dominio del mundo, por su implantación Técnica, por su reducción naturalista en fin, que plantea enormes problemas de todo tipo. Varios amigos, desde el fallecido Marc Richir, a Ricardo Sánchez Ortiz de Urbina, Silverio Sánchez Corredera o Fernando Pérez Herranz entre otros, me han ido respondiendo, interpelando, cuando no ofreciendo posibles vías de acceso y tratamiento desde mi actual posición fenomenológica. Y desde esta mirada, he abordado la cuestión de la Revolución y de la Utopía, cruzando tres cuestiones filosóficas que espero se aprecien como los mimbres de este texto, donde quedan aparentemente ocultas en su retórica expositiva, con la que intento llamar la atención, incitar a la reflexión que, sin duda, requiere un tratamiento más exhaustivo, detallado y, por su puesto, filosófico.



¹ Texto original e inédito, escrito en el año 2017, como base de una conferencia pronunciada el 18 de enero de 2018 en Mieres del Camino (Asturias) en el contexto de unas jornadas sobre Utopía y Revolución organizadas por la Sociedad Asturiana de Filosofía (v. Pelayo Pérez García, «Bibliografía académica», en este mismo número). Se ha respetado la puntuación, estilo y notación del autor y se han corregido pequeños errores [N. del Ed. Luis Álvarez Falcón].

Esas tres ideas son, en palabras de Urbina:

- 1) El campo intencional (humano) *subordinante* del campo eidético (inhumano).
- 2) El nivel del sentido *subordinante* del nivel simbólico.
- 3) Lo *sagrado*, mitificado en las religiones, pero todavía no recuperado filosóficamente como trascendencia absoluta (hay un primer intento en Marc Richir).

§ 2. La revolución pendiente

Me hace llegar un amigo varios libros escaneados, entre los que se encuentra uno de Simone Weil, *El hombre y lo sagrado*, con prólogo de Giorgio Agamben², que desconocía. Hacía ya décadas que no leía a esta peculiar filósofa, calificada de mística aún hoy en día, superdotada, comprometida con la causa obrera, hasta el punto de trabajar en la fábrica Renault («allí recibí la marca del esclavo», escribió tras semejante experiencia) y en comunidades agrarias; participó en nuestra guerra civil, formando parte de la columna Durruti, y murió al final de la segunda guerra mundial, en Inglaterra a los 34 años, no sin antes convertirse al cristianismo y bautizarse, pues era miembro de una familia judía burguesa y laica. Sin duda esa determinación sociocultural marcó su trayectoria, como también la de Lévinas por caso, pero es esa búsqueda de lo sagrado en el hombre lo que la convierte en una pensadora tan peculiar e interesante dada la época en la que creció y se formó.

Ciertamente, Simone Weil predicaba un reformismo revolucionario, y así lo discutió con Trotsky, criticando la deriva estalinista de la URSS. Era consecuencia de su humanismo griego, el cual atemperaba ese compromiso revolucionario de su búsqueda de lo «sagrado en el hombre». De hecho, es una influencia reconocida por la propia Hannah Arendt cuando se dispuso a investigar acerca del que sería acaso su libro más influyente sobre el totalitarismo. Simone Weil, opone, en su libro citado, el concepto de persona frente al del hombre «desnudo», planteando así una crítica acerada sobre la institución de los derechos de la persona surgidos de la Revolución

² Parece referirse a *La persona y lo sagrado*, con varias ediciones en español. La edición francesa lleva por título *La personne et le sacré*. El prefacio de Giorgio Agamben apareció en la edición de Payot § Rivages en 2017 [N. del Ed.].

francesa, pues sería ese carácter simbólico-jurídico el que habría ocultado lo sagrado del hombre: «En un hombre todo es sagrado salvo su persona», llega a decir.

Es esta la cuestión que quisiera plantear aquí, quizá no en el sentido precisamente del autor del prólogo, como ya dije, Agamben, con su «homo sacer», sino como un fenómeno que el «capitalismo tecnológico» está poniendo descarnadamente ante nuestros ojos: su inhumanidad. La revolución será humana o no será, y toda utopía posthumana no será sino una distopía salvaje y encubridora.

Otro amigo me comenta su preocupación e investigación consecuente acerca de la cuestión «del mal», en todas sus facetas. Me comenta que, llegados a este punto, considera a la filosofía como el campo del conocimiento que se encuentra «entre el bien y el mal». Situados ahí por un instante al menos, el problema de lo humano nos sitúa ante lo inhumano y lo posthumano, ese campo roturado por el reduccionismo ideológico de un cientificismo al servicio de la deriva capitalista, en su imparable dinámica maquínica, y esa imposibilidad de respuesta desde los reformismos y las utopías propias de la mala conciencia, es decir, aquellas que sitúan una y otra vez el horizonte transformador en un más allá, más lejos, en un después imposible. Así la Unión Europea por caso, ese palacio de cristal que, lejos de un proceso revolucionario verdaderamente tal, aplaca su final y sus miedos, con reformas que palien las tensiones, las amenazas, las intrusiones socavantes de este nuevo mundo en el que hace décadas nos encontramos.

Así pues, nos hallamos ante la imparable deriva de un capitalismo que no puede por sí mismo detenerse, y un mundo donde la humanidad está sometida a esta dialéctica deshumanizante, donde nuestros cuerpos apenas sí son algo más que paquetes de células respondiendo a un medio, o personas jurídicas sin capacidad política real, sin posibilidad de trascender y enlazar con las generaciones pasadas y futuras como lo que son: seres humanos, en esa igualdad que nos confiere la comunidad de pertenencia originaria.

Esta veloz y pesimista mirada a nuestro mundo global, naturalista y tecnocrático, lo es siempre y cuando consideremos al ser humano como un imposible, como una barrera que, precisamente, lo posthumano anuncia como superada. Aunque precisamente no es nuestra posición, la cual sí calificaríamos de revolucionaria, o más bien, la que postula la necesidad de una revolución.

Escribe Simone Weil: «He aquí un paseante en la calle que tiene largos brazos, ojos azules, y un espíritu donde se suceden pensamientos que yo ignoro, pero que quizás son mediocres. No es su persona, ni la persona humana en él, lo que me resulta sagrado. Es él. El todo entero. Los brazos, los ojos, los pensamientos, todo»³. Esta tenaz oposición a las envolturas simbólicas, ese rescate de lo sagrado en cualquier hombre, aquello que perdura pese a que le puedan «sacar los ojos», hacerle el mal, pero que le hace siempre esperar el bien, es lo que quizás vincula su concepción revolucionaria con el utopismo.

Justamente, Simone Weil es un ejemplo luminoso de un utopismo revolucionario, el cual, además, se tiñe de un individualismo, pese a ella misma, en última instancia reaccionario. Es cierto que nos propone, como dijimos, la revolución frente al reformismo, llegando a tildar a Gandhi de reformista, pero no es menos cierto que su refugio en la mística y en la fe no deja de mostrarnos un espíritu «personal» paradójico y sin salida, precisamente por ese individualismo que no puede sino encontrar una salida en la utopía por excelencia: el más allá.

No se descalifica aquí a la mujer comprometida ni a las aportaciones que su breve vida nos ha dejado, todo lo contrario. Lo que su ejemplo nos deja es un tiempo pasado, un enfoque hoy día imposible, donde la revolución viene dada por el desastre anunciado por una economía financiera sin alma, para la cual precisamente lo humano ya ha dejado de ser el lastre, la rémora burguesa que durante dos siglos aún condicionaba su desarrollo. Es lo que en *El capital* todavía Marx podía celebrar, ese «capital humano» que movía el mundo, el llamado «*general intellect*».

Si la dialéctica de lo inhumano y lo sobrehumano, dejaba a lo humano en una posición de permanente orfandad, la actual trasposición que tiene en lo posthumano su rostro más destacado pone a lo humano ante un futuro sin aparente salida, al menos sin salida utópica. Pero al mismo tiempo, obligará a los seres humanos a reaccionar frente a esta disyuntiva. Si lo salvaje y lo inhumano nos socava y habita, como podemos comprobar cotidianamente, desde el terrorismo global, hasta las psicopatías masivas que ese capitalismo sin freno parece inocularnos, las soluciones tecnológicas como la IA, la robótica o la selección genómica de las generaciones futuras, la selección de los mejores y más ricos por supuesto, tensarán hasta lo indecible un mundo

³ La traducción es del autor [N. del Ed.].

asfixiado y cuya injusticia está alcanzando límites insoportables, de tal suerte que es ahí, en el límite mismo precisamente, donde, según creemos, la alternativa al capitalismo inhumano comenzará a abrirse paso, justamente porque la idea reguladora que sostiene el comunismo, alcanzará esa dimensión de «lo sagrado en el hombre», su misma humanidad.

Parece que regresamos a formar parte de esa comunidad, no de singulares como señala Ortiz de Urbina en sus investigaciones fenomenológicas acerca de la estratificación de la subjetividad, sino de la comunidad mundial de los sujetos consumidores, igualados en este sentido con los sujetos que forman «parte de los sin parte que no tienen parte». Ahora nadie, ni consumidores satisfechos ni hambrientos y miserables individuos errantes formamos parte del sistema operatorio que considera nuestros cuerpos como desechables, intercambiables, pues ese sistema, regulado por elites a su servicio, está sustituyendo y envolviendo el mundo hasta ahora construido a escala humana.

Como diría Simone Weil, habitamos un mundo de personas, pero donde lo sagrado del hombre ha quedado subsumido, naturalizado, sometido a las imposiciones del mercado. Resulta paradójico, soy consciente de ello. La «persona» es un concepto históricamente asentado, que tiene en el troquel de la Revolución francesa, con su complemento, la «ciudadanía», un halo inmarcesible. Pero es en ese momento, justo ahí, donde la moral y la ética de nuestras acciones a escala humana, se trastocan, comienzan a nivelarse por así decir. Se legisla, se impone la política del Estado y las personas no son ya esos hombres y mujeres que, según Michelet y Quinet, recogido en el espléndido análisis de Richir sobre «lo sublime en política»⁴, descubren la fiesta del mundo, los paisajes y los espacios que hasta ese momento desconocían. Ahora, Napoleón mediante, la utopía revolucionaria subsume, como digo, esa sacralidad que todo hombre encarna y que su persona oculta. Podemos, si ese lenguaje de Simone Weil nos parece demasiado exultante, o espiritualista, rebajarlo, volverlo más, cómo decir, más correcto, adecuado a nuestros tiempos, lo cual es una operación que nos delata, por cierto. No obstante, nada cambia por ello.

La banalidad del mal, como denunciara precisamente Hannah Arendt, se ha instalado entre nosotros en todos los órdenes de la vida. Un mal estúpido, impulsivo,

⁴ Se refiere a Marc Richir, *Du sublime en politique*. Paris, Payot, 1991 [N. del Ed.].

donde lo que me gusta, lo que siento, prevalece sobre lo que debe ser. Agotada la democracia, vaciada la economía de su vínculo político, la disrupción digital, numérica, parece gobernar los impulsos, las voluntades mismas.

¿Cuál es, cual sería, en este panorama apretado y negativo donde los haya, la revolución pendiente, a nuestro entender? No puede ser otra que la revolución humana. Aquella que vuelva su mirada al rencor nietzscheano, para encontrarlo vivificado en la llamada «izquierda nietzscheana», esa que se considera «más allá del bien y del mal», y dirija, así, su mirada no a las personas, sino a los hombres y mujeres tales cuales, que viven aplastados por los aparatos del estado puestos al servicio de ese mundo sin alma, donde los cuerpos han cedido su dominio ante el reduccionismo que los convierte en meros signos estadísticos, mensurables, sujetos a estímulos, manipulaciones, cálculos y demás operaciones tecnológicas inhumanas.

Aquí y ahora, no se trata de cantar la palinodia sobre un tiempo pasado que ahora, asustados, lamentaríamos haber perdido. No postulamos un rousseauiano giro en pos del «buen salvaje», ni nos merece ningún crédito ese «cualquier tiempo pasado fue mejor». No, el pasado es este mismo presente, este aquí y ahora de confluencias históricas, de lucha permanente entre lo inhumano y ese enigmático proceso de humanización que, acaso, podríamos situar en el neolítico. Lo humano es, en todo caso, un «fenómeno que se fenomenaliza» en este desajuste esencial de nuestras experiencias con nosotros mismos, los sujetos que «padecemos, sentimos, percibimos, encarnamos esas experiencias de mundo». Es ahí donde lo sagrado en el hombre, por continuar con la distinción de Simone Weil, pero apartados de su horizonte religioso, de su concepción utópica, mítico-religiosa, aparece. Lo sobrehumano, precisamente, es ese otro polo dialéctico donde lo humano encuentra su espacio, su tiempo; pero lo sobrehumano es, por ello mismo, el horizonte utópico de la revolución enigmática que encarnamos. Esta lucha permanente deja ver la grisalla de su banalización, de su manipulación, impidiendo con ello que nuestra subjetividad supere su propio naturalismo cosificador.

Las tres grandes Revoluciones acaecidas lo fueron frente a regímenes absolutistas, monárquicos que, precisamente, tenían la bendición de lo más Alto, de lo sobrehumano. Los hombres parecían haber recuperado su conciencia, su sentido de la

pertenencia a la tierra, su libertad, en fin. Pero las revoluciones se instituyeron, abriendo, qué duda cabe, caminos, relaciones, mundos donde hombres y mujeres parecían haber conquistado, al fin, la utopía sobre la tierra. Ahora, las cuestiones de poder y dominio se trasladaron a los Estados, y la Ética del compromiso dejó de ser un concepto operatorio colectivo para refugiarse en los individuos y en los grupos de acción compasiva.

Toda la pujanza de la verdad y de la ciencia, del arte, toda la energía sublime del hombre, toda su lucha por un mundo mejor, se trastocó, ante nuestros ojos, en un mundo más cómodo, en un hedonista refugio de satisfechos consumidores, cercado por millones de miserables, de hombres y mujeres sin suelo ni cielo, por ocultas y silenciadas bolsas en nuestros propios países, de marginados, empobrecidos, descarnados seres humanos desprovistos de su propia humanidad...

No quisiera que se entendieran mis palabras en su sentido recto, acaso panfletario, ni siquiera como una particular mirada desencantada. Al contrario, quisiera llamar la atención sobre lo que estamos a punto de perder, sobre la banalización de esa conquista que, desde el neolítico, comenzamos y que una antropología filosófica, como la aquí subyacente, puede recorrer siguiendo un hilo conductor que, es mi temor, parece cortarse en estos tiempos sombríos. Pues observad, si la verdad y la mentira han convivido siempre, junto con la injusticia y su contrario, ¿qué significado podemos dar a la actual maquinación, nunca mejor dicho, de las palabras, de las ideas, de los hechos...?

Si el sentido no se identifica muchas veces con las significaciones que damos a las cosas, paradójicamente, es este sentido, es decir, la estabilidad de nuestro ser en el mundo, de nuestras experiencias, el que ordena, humaniza los indudables logros científicos y tecnológicos, pero también el que da «sentido», valga la redundancia, a las relaciones con los otros, nuestros comunes, y el que da y abre un horizonte de compromiso ético a la política.

Nuestra revolución pendiente, así pues, es humana, es carnal, es sin duda, política, puesto que hoy en día la política ha desistido, ha cedido a la impersonal maquinaria que nos gobierna, esa que atenta contra lo más sagrado de los hombres y mujeres del mundo, reduciéndonos a mero cálculo, cuando no a algoritmos y prospectivas. Nuestra revolución consistirá en enfrentarnos a este régimen despótico, a esta

absolutización de la «miseria simbólica», recuperando la escala humana, la esencia enigmática de nuestra humanidad.

Terminaremos este dibujo goyesco poniéndole el marco adecuado, no el de un humanismo ni el de su ilustrado florilegio. No es de eso de lo que hablamos, sino de nosotros mismos, los seres de carne y hueso, mortales. Seres vivientes que hablan, es decir, que piensan. Pues es nuestra sensibilidad, nuestra relación afectiva con el mundo la que opera esa prodigiosa respuesta llamada pensamiento. Es de cualquiera de nosotros, de «ese hombre de largos brazos, de ojos azules y pensamientos acaso mediocres» que somos o nos encontramos al paso, de todo él, ese que se hace visible en su mirada, y que se hace, además, único, él mismo, ahí ante nosotros.

Es esta mismidad, esa intimidad única, esencial, la que nos exige, la que nos demanda, la que nos apremia ante el peligro de su explanación, de su caída en el más impersonal, desencarnado de los hombres. Pues cabe preguntarse, ¿qué encarnamos hoy en día, los hombres y mujeres del presente? ¿Cuáles afectos configuran nuestra conciencia extraviada? Se trata aquí y ahora, no del fin de los tiempos ni de acoger la mirada metafísica de esta era postheideggeriana, sino de algo más carnal, corpóreo, como vengo diciendo, se trata del mundo y de la relación que mantenemos con este mundo que gira envolviéndonos en su devenir. Y es este devenir el que nos inquieta, pues la utopía que promete la revolución tecnocapitalista parece propiciar, cuando no exigir, la deshumanización de los hombres y de las mujeres del próximo futuro. Deshumanización, lo sabemos, que ya se intentó una y otra vez desde los totalitarismos de todo tipo, desde todos los ejercicios enajenantes que la historia nos enseña, desde todos los esfuerzos por acallar esa singularidad que somos.

¿Cuál es la alternativa al capitalismo? ¿Cuál es la alternativa a un mundo global, digitalizado, donde la disrupción se extiende sin medida ni control? ¿Cuál es la alternativa a lo humano?

Dejo aquí más preguntas que respuestas, como es lógico. Esta no es una reflexión ideológica, ni siquiera política. Incluso dudo que sea realmente una reflexión, aunque haya en estas palabras un trasfondo reflexionante ineludible.

La revolución pendiente, así pues, se refiere a nosotros mismos, a nuestros proyectos, a nuestras ensoñaciones, a lo que intentamos ser a partir de lo que somos, ese gran desconocido, ese ámbito enmudecido, latente sí, pero acallado, al que damos

la espalda para mirar fascinados las imágenes que nos invaden desde afuera. La revolución pendiente es literalmente la que nos hará girar, volver a mirar, detenernos y esperar lo inesperado, lo que late, actúa, vibra y resuena en cada uno de nosotros, de tal suerte que nuestra conciencia enmudece asombrada no solo de sí misma, sino también de la tuya, de cualquiera, de esos otros que pasean por ahí, de esos cuerpos que viven y mueren, conscientes de sí mismos, iguales a nosotros, que encarnan como nosotros este enigma insondable que nos habita, nosotros mismos. Ampliemos, así pues, el lema husserliano «¡A las cosas mismas!» por este otro: «¡A la humanidad misma!».

